al rey; pero Cromwell lo negó de la manera más categórica. Lo que mayores visos de verdad ofrece es que Cromwell encargó á Joyce que impidiese, por la fuerza si era necesario, toda tentativa de los presbiterianos para llevarse al rey á Escocia ó á cualquier otro punto; pero, si no se hacía ninguna tentativa en este sentido, su intención era que Carlos se quedase donde estaba. Sea de ello lo que fuere, el 1.º de junio de 1647 el rey se vió con gran sorpresa suya, pero sin disgusto, en manos de un regimiento de soldados de Cromwell; supo que su primer carcelero había huído, y se le comunicó lacónica, pero respetuosamente, que sería conducido á Newmarket bajo la protección del ejército.

El primer efecto que la noticia produjo en el Parlamento fué de pánico; los presbiterianos despertaron sobresaltados de sus sueños de autoridad, y por el pronto, reconociendo su importancia, aprobaron varias órdenes para el pago de los atrasos al ejército; pero esto no duró más que dos días. Al cabo de este tiempo, Massey, el soldado presbiteriano, paseó á caballo las calles de la ciudad, atestadas de gente, gritando á todos que se defendieran contra el ejército, que trataba de matar á los mejores hombres de Londres y del Parlamento.

La guerra quedaba, pues, formalmente declarada entre los dos partidos, y la primera idea de los presbiterianos fué apoderarse de Cromwell, por considerársele como el más peligroso enemigo. La idea fué feliz; pero su ejecución llegó demasiado tarde. Cromwell se había escapado: prevenido á tiempo, acababa de reunirse con el ejército y estaba en consulta con Fairfax para acordar lo que se debía hacer.

CAPITULO XVI

Cuando se reunió con el ejército, Cromwell vió que lo primero que procedía era apaciguar los ánimos, particularmente de los oficiales; y por cierto que llegó muy á tiempo. Los agitadores lo atropellaban todo, y con sus llamamientos y maldiciones ponían en grave peligro la disciplina de las tropas, las cuales no solamente pedían ahora el pago de todos sus atrasos, sino que exigían que salieran del Parlamento todos los presbiterianos que más daño podían hacer.

Cuando Cromwell llegó, se acababa de redactar un «solemne compromiso del ejército,» que todos los oficiales y soldados debían firmar. Cromwell empezó por enmendar algo el escrito, moderando su tono altanero é introduciendo ciertas cláusulas, por las cuales hubieran podido comprender los más avanzados que, estando á su lado aquel hombre, la «libertad,» como ellos la llamaban, ó la anarquía, como diríamos nosotros, no ganaría terreno mientras Cromwell pudiera evitarlo.

El primer artículo del «compromiso» disponía que se formase un centro gubernativo para el ejército. Este artículo es de la mayor importancia, y en él se reconoce la influencia de Cromwell.

Los asuntos de las tropas, se decía, debían administrarse en adelante por un «Consejo del Ejército,» compuesto de «aquellos oficiales generales que se hubiesen mantenido en favor de los soldados,» juntamente con los oficiales no comisionados y otros dos especiales de cada regimiento; el ejército no debía aceptar nada de los parlamentarios sin aprobación de dicho Consejo, y la autoridad de éste debía ser absoluta hasta que terminase la crisis. Por el segundo artículo se prevenía que ningún individuo del ejército atacaría á las personas por el hecho de ser presbiterianos; y por el tercero se disponía que se enviase una «vindicación» al Parlamento, contestando así á las odiosas indicaciones que se habían hecho respecto á que los soldados «tenían propósitos de atentar contra la magistratura, suprimir ó dificultar el funcionamiento del Presbiterio, establecer el gobierno independiente, apoyar la licencia general en materias de religión, bajo el pretexto de la libertad de conciencia.»

De este modo consiguió Cromwell desvanecer las impresiones que los presbiterianos procuraban producir en el ánimo del público, pintándole al ejército

como un cuerpo de peligrosos innovadores que á la menor provocación estarían dispuestos á infringir las leyes del país. Pero, por otra parte, Cromwell tenía que decir algo, y la segunda cosa que hizo después de salir de Londres fué firmar, y hasta escribir de su propio puño y letra, según se cree, un «manifiesto» dirigido á aquella ciudad. No es seguro que lo escribiera él; pero es indudable que los sentimientos que expresaba eran suyos, así como también el estilo característico del documento.

Las Cámaras habían dirigido un golpe tremendo al ejército, y la City se había unido á ellas; de modo que, si se había de conservar la paz, era necesario advertir claramente á los notables londinenses los males que iban á seguirse para ellos si persistían en su locura.

Tal era la esencia del manifiesto: lo firmaban trece oficiales, Fairfax el primero y Harrison el último; el individuo de menor graduación entre los firmantes era coronel. El documento era digno del más detenido examen. Escrito apresuradamente y según le ocurrían las ideas al autor, expresa de una manera que ningún otro documento muy concienzudo pudiera hacerlo el espíritu de los hombres que firmaban y de los «pobres soldados hambrientos» en cuyo favor se había escrito.

«*Al honorable Lord Corregidor, á los aldermen,* etc.

»Royston, 10 de junio de 1647.

»Honorables y dignos amigos (1): Por nuestras cartas y varios informes dirigidos á la Cámara de los Comunes hemos tratado de hacer evidentes nuestras justas demandas, así como en escritos publicados por nosotros se ha procurado explicar los motivos de nuestro proceder. Como todo esto se ha publicado por la prensa, confiamos en que estaréis al corriente del asunto.

»Todos nuestros deseos como soldados se reducen á esto: satisfacción á nuestras justas reclamaciones como militares, y la debida reparación de parte de aquellos que han aprovechado cuanto les era posible todas las oportunidades, con falsas sugestiones y engaños, para la disolución de este ejército, haciendo recaer en él un padrón de ignominia. No apreciaríamos esto si tan sólo interesase á nuestras personas en particular, porque estamos dispuestos á sacrificarnos, lo mismo en este caso que en otros, en bien del reino; pero en la cuestión presente vemos amenazados los privilegios del Parlamento y del pueblo; y antes que permitir á nuestros enemigos realizar sus planes, antes que renunciar á lo que á los ojos de todos los hombres honrados nos pertenece por justo derecho, preferiremos una nueva guerra.

»..... Y esto simplemente por causa de aquellos que..., para substraerse á los interrogatorios y al castigo, no ven más medio que hacer derramar sangre bajo el pretexto de su honor y de su afecto al Parlamento. ¡Como si éste fuera más

(1) Cartas de Carlyle, parte III, pág. 228.

querido de ellos que de nosotros, ó como si hubiesen dado mayores pruebas de fidelidad que las que nosotros hemos dado!

»Pero vemos que bajo sus aparentes pretensiones tratan de interesar en sus proyectos á la ciudad de Londres. ¡Como si ésta hubiese de hacer buenos sus errores y prefiriera satisfacer las miras de algunos hombres interesados en vez de atender al bienestar público! Y á decir verdad, hemos visto que esos hombres se muestran muy activos para llevar á cabo todos sus planes, debiendo temerse que induzcan á muchos á error, haciendo así prosélitos para su causa.

»En lo que insistimos como ingleses, y lo que deseamos sobre todo, es obtener un arreglo para la paz del país, con las debidas libertades para el súbdito, según las declaraciones del Parlamento, hechas *antes* de tomar nosotros las armas, y que nos indujeron á emprender la guerra, en la cual dejaron sus vidas algunos de nuestros amigos. Esta ha terminado, á Dios gracias, y ahora creemos tener tanto derecho para pedir y desear un feliz arreglo, como para esperar que se nos abone lo que se nos debe, atendiéndose á los demás intereses comunes de los soldados...

»Hemos dicho antes, y lo repetimos ahora, que no deseamos ninguna alteración en el Gobierno civil, ni menos mezclarnos ni intervenir con el Gobierno presbiteriano. Tampoco fué nunca nuestro objeto abrir un camino á la libertad licenciosa bajo el pretexto de satisfacer á todas las conciencias. En cuestiones de religión pensamos ahora como siempre; y cuando el Estado se haya instituído y dicte sus leyes, no nos quedará más remedio que someternos á ellas ó soportarlas. Sin embargo, podemos desear que todos los buenos ciudadanos, y los que son útiles para la República, tengan la suficiente libertad, lo cual está conforme con la verdadera política de todos los gobiernos, siendo también justo para todos.

»Tales son, en breves palabras, nuestros deseos, y las ideas que nos proponemos defender, fuera de las cuales no aceptaremos nada. Para el logro de nuestros propósitos nos acercamos á vuestra ciudad, sinceramente resueltos á no causar daño alguno, y declarando formalmente que si no os pronunciáis contra nosotros en nuestras justas aspiraciones y no ayudáis al perverso partido que nos perturbaría, trastornando el reino, ni nosotros ni nuestras tropas os inferirán la menor ofensa. No venimos á cometer acto alguno contra el Parlamento, ni hacer nada que se oponga al arreglo definitivo del reino. Buscamos el bien de todos, y permaneceremos aquí, ó nos iremos más lejos, para esperar el arreglo definitivo de los asuntos. Conseguido esto, todos nosotros, ó solamente las fuerzas del ejército que el Parlamento creyese necesarias, estaremos dispuestos á disolvernos ó á ir á Irlanda.

»Y aunque podéis suponer que una ciudad rica tiene demasiados atractivos para que los pobres soldados hambrientos consientan en alejarse de ella, estad seguros que, á menos de ser provocados por vosotros, nada debéis temer del ejército. Para vuestra mayor tranquilidad, os diremos que éste aprecia en tan poco

el valor de sus pagas en comparación de los más altos intereses del bien público, que antes de que se dude de su honradez é integridad, preferirá perderlo todo con tal que se obtenga el arreglo y la paz del reino, con las libertades individuales aseguradas.....

»Si después de todo esto algunos ó todos vosotros tomáis las armas para oponeros á nuestra justa empresa, por lo menos nos quedará el consuelo de haberos avisado fraternalmente. A Dios ponemos por testigo de la sinceridad de nuestro proceder, y no será nuestra la responsabilidad de lo que pueda ocurrir, pues desde ahora nos lavamos las manos.

»Vuestros afectísimos amigos y servidores.»

Esta carta fué entregada al Lord Corregidor el 11 de junio. El día antes de recibirse, el Parlamento estaba muy belicoso y se adoptaban medidas para organizar un ejército en Londres á fin de hacer frente al denominado *New Model* (1); pero las advertencias de los oficiales enfriaron muy pronto el ardimiento guerrero de los dignos señores del Parlamento, y más aún el de los aldermen. En vista de ello, se enviaron inmediatamente comisionados á Fairfax, juntamente con una diputación de ciudadanos, que con muy buenas palabras debían pedir detalles circunstanciados sobre las reclamaciones de las tropas; pero Fairfax no quiso escuchar palabras; y á poco llegó á Londres la noticia de que el ejército había emprendido la marcha hacia el Sur. Entonces se oyó el redoble de tambores en la ciudad; se hizo un llamamiento á las compañías de ciudadanos, y dióse orden á los comerciantes para que cerrasen sus tiendas; mas sólo se presentó un regimiento, y en cuanto á los comerciantes, dijeron que no cerrarían sus establecimientos á menos de mandarlo el Lord Corregidor personalmente. Sin embargo, el peligro de un ataque no era inminente, pues Fairfax y Cromwell se habían propuesto tan sólo intimidar á fin de obtener mejores condiciones. El ejército acampó en Saint Albans, y desde allí envió un bien escrito manifiesto que contenía las recomendaciones de los jefes para establecer el gobierno más conveniente á la nación.

La agitación de los soldados no reconoció ya por única causa los «perjuicios» propios: para el ejército era obvio que el asunto de los atrasos en las pagas no era más que un síntoma de la ineptitud del actual Parlamento para gobernar, por lo que el primer paso que debía darse para obtener un estado de cosas satisfactorio era la disolución del mismo.

En el citado manifiesto, titulado «Declaración del Ejército,» escrito, según se cree, por Ireton (2), después de pedir que saliesen del Parlamento los individuos que más actividad habían demostrado en su oposición contra el ejército (3)

(1) *Diario de los Comunes*, vol. 207.
(2) Gardiner, *Guerra civil*, vol. III, pág. 295.
(3) Holles, Stapleton, Lewis, Clotworthy, Waller, Maynard, Glyn, Long, Harley, Nicholls y Massey.

se exigía á la Cámara que fijase una fecha para la elección de un nuevo Parlamento, previniéndose además que se debía garantizar la completa tolerancia religiosa.

Como ya se comprenderá, ningún presbiteriano hubiera querido escuchar nada sobre tales reformas á menos de verse obligado á ello por la fuerza. La contestación de los Comunes indicaba que había intrigas con el rey y con los escoceses.

El ejército, sin embargo, fijaba ahora sus pensamientos en el rey, y Carlos, cautivo como estaba, sin tropas ni medios para levantarlas, llegó á ser hasta cierto punto el dueño de la situación. Era bastante hábil para ver esto; pero incurrió en el fatal error de no apreciar como debía la oportunidad ni las fuerzas de los hombres con quienes trataba. No penetró las intenciones de aquellos graves soldados puritanos; su celo religioso era para él devoción hipócrita ó blasfemia; pensó que sus proposiciones eran dictadas tan sólo por el egoísmo de gentes que podía comprar y vender, y consideró todo el asunto como cuestión del jugador que, teniendo los mejores triunfos de la baraja, está seguro de ganar la partida.

Cromwell y los oficiales que personalmente actuaron con él en las negociaciones con Carlos no comprendieron á éste mucho mejor que él á ellos, por lo menos en algunas cosas. Sabiendo que por un concepto – el de la religión – podían ofrecerle infinitamente mejores condiciones que los presbiterianos, cerraron los ojos ante el punto de vista desde el cual Carlos consideraba los deberes y derechos de un rey, y tal vez muchos no le comprendieron. Para Su Majestad la corona era un don de Dios, y si renunciaba á su título y sus prerrogativas, como no fuera temporalmente y por necesidad, incurriría en el delito de alta traición contra sí propio, contra sus antecesores y su posteridad. La «monarquía constitucional,» tal como la conocemos hoy, hubiera sido para Carlos un anacronismo inconcebible; en su opinión, el pueblo que él gobernaba no tenía derecho alguno para discutir su autoridad; y mientras como hombre de mundo, muy astuto por cierto, se mostraba deseoso de escuchar proposiciones, hacer medias promesas y dar vagas seguridades de buena voluntad, detrás de todo estaba la convicción respecto al carácter sagrado de su persona y de su causa. Siempre estaba dispuesto á prevaricar, á ofrecer recompensas, á sonreir y cumplimentar á los hombres que más aborrecía; pero rendirse ante poderes inconstitucionales, en virtud de los cuales la nación le había derribado del trono, y que ningún monarca de Inglaterra debía conocer de nuevo jamás, esto era cosa imposible para Carlos.

Por otra parte, había razones muy poderosas para llegar á un arreglo, al menos por algún tiempo, con los jefes del ejército. La fuerza de la espada estaba con ellos, y después de una ruinosa guerra civil esta fuerza debía resolver sobre todas las reclamaciones, y el mismo Carlos debió al fin reconocerlo así. Además, los hombres de influencia en el ejército, Cromwell é Ireton, comprendían que el

gobierno con una monarquía de poderes limitados, pero claramente definidos, era la única verdadera solución en la presente crisis de los negocios.

Si esto no podía ser, preveían que, ó bien habría otra guerra entre independientes y presbiterianos, ayudados éstos por elementos malignos, ó sería necesario que el Estado estuviese bajo el dominio del ejército. Cualquiera de estas alternativas era desastrosa en concepto de los jefes; y para evitarlas estaban dispuestos, después de preservar cuidadosamente á la nación del régimen autocrático, á ofrecer al rey las condiciones más razonables que se podían pedir.

CAPITULO XVII

Hasta la publicación de los *Documentos de Clarke*, editados por C. H. Firth, poco se supo relativamente respecto á la verdadera naturaleza de las negociaciones entre los jefes del ejército y el rey. Las memorias de Sir John Berkeley dieron muchos informes de valor; pero aunque escritas de buena fe, se resienten inevitablemente de las preocupaciones del autor contra las preocupaciones de los puritanos y de Cromwell, y sobre todo de Ireton. Solamente después de saber cuáles eran los sentimientos de los hombres que rodeaban á Cromwell, tales como aquellos documentos nos los han puesto de manifiesto, y de ver las fuerzas con que aquél debió luchar, comenzamos á comprender lo que las negociaciones con Carlos significaban para Cromwell y á costa de cuántos riesgos se proseguían.

Desde un principio, el asunto estuvo principalmente en manos de Cromwell é Ireton; Fairfax estaba sin duda al corriente de todo lo que pasaba, y de cuando en cuando se consultaba al Consejo del ejército; pero sobre aquellos dos hombres recaía todo el trabajo para conseguir un «arreglo» que mejorase la situación, encargándose cada uno de ellos de una parte especial de la obra que llevaban entre manos. Ireton, abogado distinguido, pensador y lógico, redactó con el título de «Primeras proposiciones» un proyecto de Gobierno nacional para que Carlos lo aceptase, y de haberlo éste hecho así, habría sido el primer monarca constitucional de Inglaterra; Cromwell dirigía personalmente las negociaciones, conteniendo los ánimos impacientes del ejército y sufriendo con inagotable paciencia los continuos subterfugios del monarca. Tres obstáculos se oponían al deseado arreglo.

El primero era el mismo Carlos; el segundo, la repugnancia de los «agitadores» del ejército á entrar en negociaciones con el hombre á quien consideraban personalmente responsable de toda la sangre derramada en la guerra civil; y la tercera, el estado caótico del gobierno de Westminster, así como la negativa del Parlamento, á pesar de todas las promesas, á satisfacer á los soldados una parte razonable de sus pagas atrasadas. En resumen, Cromwell llevó las negociaciones con el rey en medio de un verdadero *pandemonium* de furiosos agitadores, parlamentarios que intrigaban y ciudadanos de mala fe.